

El pasado repasado, repensado y remendado. Algunas complejidades de la memoria subjetiva

Beatriz Bruce
FHyCS – UNJu
beatrizbruce@gmail.com

Palabras clave: *memoria, identidad, subjetividad, marcos sociales.*

Resumen

La memoria reúne los vestigios de lo sido y ayuda a proyectar la vida construyendo, con ese anudamiento de dos dimensiones temporales, una representación de lo que somos. De hecho, la subjetividad como presencia de sí emerge de ella. La memoria nos labra pero, es justo también decir que, nosotros la moldeamos a ella. Toda historia de vida es producto de esta dialéctica donde se funden y refunden memoria e identidad. Así componemos y recomponemos un pasado autobiográfico estable, verosímil y previsible, donde los proyectos de vida cobran sentido y donde la sucesión de episodios pierde su carácter aleatorio y desordenado para integrarse en un eje temporal continuo. Cualquier discurso de presentación del sí propio tiene la forma de una totalidad significativa integrada, pero esa unidad está realizada con remembranzas de una serie de acciones deshilachadas, fragmentadas, discontinuas. De igual manera a como procedemos con un personaje histórico que intentamos recrear, nos aferramos a los testigos que consideramos –por afecto- fiables, a certificaciones burocráticas, a fotografías o filmaciones para ir engarzando en una línea nuestros recuerdos. Muchísimos más, quedan sumergidos en el río Leteo. Como decía el perspicaz Nietzsche: memoria es recuerdo y olvido. Esta reconstrucción de nuestra personal memoria de vida a partir de luces y sombras, decires y secretos, presencias y ausencias, certidumbres y distorsiones, nos da indicios de las complejidades insertas en ese tejer la urdimbre del pasado y nos habilita la sospecha sobre algunos recuerdos incorporados. Pero también esta práctica de rescate del flujo de lo vivido que todos hacemos y padecemos, nos deja en claro que no hay memoria individual sino siempre entrelazada.

Excusa inicial

Mucho se ha expuesto acerca de la proximidad de la filosofía con la poesía¹. Esta vecindad se ha marcado en incontables oportunidades y, en algunos casos, los personajes que

¹ El término “poesía” tiene, en el territorio de la filosofía, un sentido usual que denota la producción artística. En este caso lo utilizamos para referirnos a la creación literaria en conjunto y no a un género particular.

brindaron las argumentaciones son notables. Baste como ejemplo mencionar a Martin Heidegger por el lado de la filosofía y a Saint-John Perse como poeta merecedor del Nobel. Ambas actividades se parecen por compartir una afinidad interrogativa y una vocación inquisidora respecto a los misterios de la vida y a la condición humana. Filosofía y poesía se ven hermanadas en la interrogación profunda por aquello que nos hiere día a día, pero también por lo que nos alegra profundamente; por la cotidianeidad que nos envuelve y por los sueños que nos permean; por la modorra conformista y por el ineludible cambio en el cual siempre nos encontramos sumergidos y del que, a su vez, somos agentes; por nuestro sentimiento de presencia unificada y por la extrañeza que a veces nos envuelve. Comparte el escritor con el filósofo, la descripción que hace Nietzsche de este último: “es un hombre que constantemente vive, ve, oye, sospecha, espera y sueña cosas extraordinarias”. (1997, p.265).

No tiene sentido interrogarnos si va más lejos o viene de más lejos la elipse poética o el pensamiento discursivo. En ambos casos, considero que son hijas del asombro; son ese “extraordinario preguntar por lo extra-ordinario” (Heidegger, 1969, p. 51) priorizando la una el lenguaje conciso y la otra la belleza.

Una cuestión, misteriosa a la vez que familiar, de gran densidad filosófica y magistralmente abordada en innumerables y profundas obras literarias es la relacionada con lo que denominamos “memoria”. Dejaré de lado la memoria histórica por cierto hartazgo ante tantas celebraciones desatadas por la magia de los números redondos, por el exceso de sentimientos memorialistas burocratizados, por la trivialidad de los actos oficiales, por la imprudencia de muchos de los comentarios vertidos, por las imprecisiones en las representaciones del pasado, por la ingenuidad en el uso y abuso de la memoria colectiva; para concentrarme, en este pequeño texto, en algunas complejidades que se tejen alrededor de la memoria de un sujeto; para que cada quien perfile, desde allí, la densidad problemática ínsita en la memoria de los pueblos.

Recordar es un acto creativo

Si realizamos un ejercicio de recorte y simplificación circunscribiendo la memoria del tiempo pasado a la esfera personal –a nuestra vida extendida en el tiempo-, incluso en ese territorio acotado, la reflexión se nos presenta con múltiples opacidades. En las *Confesiones* Rousseau escribe en primera persona “Nací casi moribundo. Había pocas esperanzas de salvarme. Vine al mundo con el germen de una dolencia que los años han reforzado y cuyos intervalos sólo me sirven para sufrir más cruelmente de otra manera”. (1997, p. 31).

Si prestamos atención al significado estricto de lo dicho, hay una atribución al sí mismo del recuerdo, situación que es imposible que suceda de suyo. Hay una apropiación de lo que seguramente son representaciones de otros y el pronunciamiento del discurso también se hace en la lengua común, que es siempre lengua de otros. Todos, al igual que el ginebrino, reconstruimos un sujeto que llamamos “yo” desde un nacimiento –que no recordamos ni experimentamos– pero que sirve de punto alfa para engarzar desde allí incidentes y circunstancias vividas o relatadas.

Este mismo fenómeno de apropiación en términos de reminiscencia de lo que han de ser relatos o registros de otros está presente, pero en este caso críticamente, en la descripción que hace Magda, el personaje de *En medio de ninguna parte* de J.M. Coetzee:

(...) la verdad es que he vestido el luto de la viuda desde mucho antes de lo que alcanzo a recordar; por lo que sé, ya de bebé eran negros mis pañales cuando empecé a mover mis piernas combadas, cuando empecé a aferrarme a los escaupines de lana negra, gimoteando sin cesar. Desde luego, y con absoluta certeza, a los seis años de edad vestía a diario un asqueroso traje verde botella que me envolvía de la garganta a las muñecas (...) Debieron hacerme alguna fotografía a dicha edad, no se me ocurre ninguna otra explicación posible (...) De lo contrario, ¿cómo podría disponer un simple niña de una consciencia de sí misma tal que la capacitara a observarse con una desapasionada claridad, tomando nota desde el mohín en que fruncía la boca hasta la rala trenza en que se recogía el pelo?. (2014, p. 58).

Es obvio que en esta última interrogación se pone en duda la personal proveniencia de las representaciones. Es una mirada hacia atrás que se sabe construida con legados.

Marguerite Yourcenar –grandiosa literata poseedora de una extraordinaria percepción de la historicidad-, en *Recordatorios*, primera parte de sus textos autobiográficos publicados por Alfaguara como *El laberinto del mundo*, señala a nuestra memoria como la función que nos permite identificarnos en el fluir temporal. Dice repasando su pasado “Que esa niña sea yo, no puedo dudarlo sin dudar de todo”. (1985, p. 15). A pesar de que corporalmente poco queda de la criatura que fuimos -ni siquiera los dientes, como señala Gustav Landauer (2015, p. 94)-, nos apropiamos y unificamos fragmentos de recuerdos que nos impiden así diluirnos en “el mar del tiempo” (Yourcenar, 1985, p.16). Borges escribe en un poema temprano:

(...) es el asombro ante el milagro
de que a despecho de infinitos azares,

de que a despecho de que somos
las gotas del río de Heráclito,
perdure algo en nosotros,
inmóvil. (1974, p. 30).

De hecho, la subjetividad como presencia de sí emerge desde y en la memoria como unidad; como un fundamento que concentra un todo; como origen y certeza que nos conservamos y permanecemos a pesar de las alteraciones. Como afirma en un lenguaje teórico Jean Guillaumin, “la cuestión de la memoria no es otra cosa que la cuestión de la identidad personal a través del tiempo, es decir, de la ‘representación’, o mejor, de la presencia de sí a sí.” (1968, p. 52).

La memoria parece ser quien reúne los vestigios de lo sido y ayuda a proyectar la vida construyendo en ese anudar una representación de lo que somos. Nos labra sujetos, pero es justo también decir que nosotros, por nuestra parte, la moldeamos a ella. Toda historia de vida es producto de esta dialéctica donde se funden y refunden memoria e identidad. Así componemos y recomponemos un pasado autobiográfico estable, verosímil y previsible desde nuestro presente, donde los proyectos de vida cobran sentido y donde la sucesión de episodios pierde su carácter aleatorio y desordenado para integrarse en un eje temporal continuo. Cualquier discurso de presentación del sí propio tiene la forma de una totalidad significativa integrada pero, sin embargo, esa unidad está realizada con remembranzas de una serie de acciones deshilachadas, fragmentadas, discontinuas. Todos juntamos retazos, indicios, documentos, huellas desde un marco de interpretación que nos permite reconstruir los tejidos detrás del tiempo. Psicológicamente no sería sana la duda sobre nuestra continuidad, por ello indica Yourcenar:

(...) para vencer en parte el sentimiento de irrealidad que me produce esta identificación, me veo obligada, como lo estaría con un personaje histórico que hubiera intentado recrear, a aferrarme a unos retazos de recuerdos obtenidos de segunda o décima mano, a informaciones extraídas de fragmentos de cartas o de las hojas de algún cuadernillo que olvidaron tirar a la papelera y que nuestra avidez por saber exprime más allá de lo que pueden dar; o acudir a las alcaldías y notarías para compulsar unas piezas auténticas, cuya jerga administrativa y legal elimina todo contenido humano. (1985, p. 15).

Es así que, en el rearmado de lo sido nos aferramos a testigos que consideramos –por afecto- fiables, a certificaciones burocráticas, a fotografías o filmaciones. Anotamos así entre nuestros recuerdos: el día que comenzó nuestra vida –con hora y circunstancias-, las enfermedades infantiles, anécdotas significativas, eventos y sentimientos que fuimos

guardando, sea por narraciones de otros o de nosotros. Muchísimos más, quedaron sumergidos en el río Leteo. Como decía el perspicaz Nietzsche “memoria es recuerdo y olvido” (2000).

Esta reconstrucción de nuestra personal memoria de vida a partir de luces y sombras, decires y secretos, presencias y ausencias, certidumbres y distorsiones, nos da indicios de las complejidades que asoman en ese tejer la urdimbre de un pasado móvil y escurridizo y nos habilita la sospecha sobre algunos recuerdos incorporados. Con mucha más evidencia podemos visualizar esta incertidumbre en situaciones traumáticas, como pueden ser las identidades fraguadas. Si tomamos el caso de nietos recuperados vemos que la confiscación de la identidad representa la colonización de la memoria y viceversa. Ante el descubrimiento de acontecimientos ocultos, se enreda aún más la reconstrucción de la traza biográfica porque hay que volver a trenzar los hilos de los sucesos pretéritos, reemplazar el álbum con recuerdos impensados, interpretar lo vivido bajo una óptica diferente. En definitiva, cambiar la vida, porque el presente que nos sostiene es lo que fue pero también lo que queremos ser; es esa conjunción en el instante del tiempo, todo.

Si desplazamos nuestro examen a un nivel meta-reflexivo, nos adentramos en complejidades mayores ya que nos topamos con una paradoja: construimos nuestra identidad desde y en el fluir temporal que, simultáneamente, nos altera de manera irreversible. Una imagen metafórica de esta dialéctica situación de presencia del pasado la encontramos en una pequeña historia titulada *El frac del Señor de Chergal*, transcripta por Fritz Mauthner, quien narra:

Chergal posee un frac hereditario, primitivo y legitimista, que quería conservar a *toux prix*; esto lleva a que el susodicho frac, con tan continuas modificaciones y remiendos, deje de ser el mismo; pero, sin embargo, sea visto como la reliquia más intangible y llevada con orgullo.² (2001, p. 76-77).

Nos introducimos así en un sentido más profundo de la memoria, que no remite a un pasado construido con remanentes de instantáneas que hemos logrado engarzar, sino que es lo que llevamos con nosotros transformándolo de infinitas maneras en la medida que somos deviniendo. Como afirma Landauer:

El pasado, vivo en nosotros, se precipita cada instante en el futuro, es movimiento, es camino. Todo lo que ocurre en cada momento, es el pasado.

² La historia que Mauthner recoge de Wilhem Von Merkel, satiriza sobre la constitución prusiana que Herr von Gerlach (en la historia Chergal) quería conservar. Queda implícito así, que la dialéctica entre identidad y cambio no sólo se presenta en el nivel individual, sino social. Las cursivas corresponden al original escrito en alemán.

(...) los elementos del pasado lo tenemos en nosotros, los excrementos del pasado los divisamos detrás de nosotros. (2005, p. 45).

La anamnesis del pasado no es entonces la mera reproducción de lo acaecido: es la temporalidad condensando en el hoy todo lo sido para proyectar hacia el futuro. En palabras de Nietzsche:

La voz del pasado es siempre la voz de un oráculo. Tan sólo si eres arquitecto del futuro y conocedor del presente la comprenderás. (...) Es tiempo de reconocer que sólo el que construye futuro tiene derecho a juzgar el pasado. (2000, p. 103).

Somos recuerdos colectivos

La práctica de rescate del flujo de lo vivido que todos hacemos y padecemos, nos deja también en claro que no somos memoria individual sino siempre entrelazada. Los recuerdos más atávicos son implantados. La antropología ha descrito un nivel imprescindible e imperceptible de memoria social que es incorporada desde nuestro contacto con el mundo de los otros. Esta protomemoria inscribe marcas, señales, gestos, rutinas, cadenas operatorias, lenguaje, esquemas de percepción y pensamiento, que se ensamblan y sedimentan en nuestra subjetividad. Describe Wittgenstein en las *Investigaciones filosóficas*:

¿Cómo puedo seguir una regla? Si no es una pregunta por las causas, entonces es una pregunta que concierne a la justificación que yo tengo para actuar según ella.

Si agoté las razones, entonces ahora he llegado a la roca dura, y mi arado se dobla. En ese momento me inclino a decir: “Es así, simplemente, como actúo”. (1988, p. 211).

Esta memoria no es tematizada, pero nos aferra a nuestras prácticas y códigos implícitos, a las costumbres sociales nunca verbalizadas, al “sentido común”. Bourdieu, bajo la nominación de “sentido práctico” ha enfatizado esta experiencia muda del mundo como una disposición inculcada en la *hexis* corporal, como una manera permanente de hablar, de caminar, de sentir y de pensar que permite actuar socialmente. El *habitus* como historia incorporada y naturalizada es la presencia actuante del pasado en el cuerpo. Escribe:

Producto de la historia, el *habitus* origina prácticas, individuales y colectivas, y por ende historia, de acuerdo con los esquemas engendrados por la historia;

es el *habitus* el que asegura la presencia activa de las experiencias pasadas que, registradas en cada organismo bajo la forma de esquemas de percepción, de pensamientos y de acción, tienden, con más seguridad que todas las reglas formales y todas las normas explícitas, a garantizar la conformidad de las prácticas y su constancia a través del tiempo. (2007, pp. 88-89).

Esta forma inaugural de la memoria que sirve de amalgama normativa cultural, permite el sentido en la reproducción de las prácticas pero sin bloquear la posibilidad de ruptura e innovación que se abre en la dialéctica entre los acontecimientos y el *habitus*. No olvidemos que memoria es un disparo al futuro.

Escapándonos de la lengua informativa, tan científica, para volver a la increíble captación de las complejidades filosóficas, podríamos condensar lo dicho en la afirmación: somos memoria comunitaria. Así, escuchamos decir a Landauer “somos los instantes de la eternamente viva comuna de ancestros” (2015, p. 45), o más explicativo:

(...) si reflexionamos sobre nosotros mismos, lograremos ir más allá del sentimiento autónomo individual: lo que somos es lo que son en nosotros nuestros antepasados, que en nosotros están activos, eficientes, vivos, que viven en nosotros en contacto con el mundo exterior y teniendo roces con él, que a partir de nosotros y junto con nosotros se transforman en nuestros descendientes. (2015, p. 42-43).

La misma concepción, de una subjetividad multitudinaria que condensa la temporalidad, está presente en el poema de Jorge Luis Borges, “Al hijo”:

No soy yo quien te engendra, son los muertos.
Son mi padre, su padre y sus mayores;
son los que un largo dédalo de amores
trazaron desde Adán y los desiertos
de Caín y de Abel, en una aurora
tan antigua que ya es mitología,
y llegan sangre y médula a este día
del porvenir, en que te engendro ahora.
Siento su multitud, somos nosotros
y, entre nosotros, tú y los venideros
hijos que has de engendrar (...) (1974, p. 948)

Todo sujeto es en interrelación inseparable y corpórea con la humanidad pasada (y también con el mundo). Landauer señala que “al nacer, se corta el cordón umbilical que

une al niño con la madre, pero más duraderas son las invisibles cadenas que ligan el cuerpo del hombre a sus antepasados”. (2015, p.44).

Para señalar una manifestación de esta arista comunitaria de la memoria en la acción de recordar sucesos –es decir volviendo al nivel de la manifestación fáctica-, podemos hacer también uso de ejemplos develados por otros literatos para visualizar a través de ellos cómo la inscripción colectiva condiciona los recuerdos.

Svetlana Alexiévich, recogiendo testimonios de las mujeres integrantes del ejército ruso durante la II Guerra Mundial, descubre que ellas relatan una guerra que se desconoce en las versiones masculinas oficializadas:

En cuanto a la intensidad de los sentimientos, de la percepción del dolor, la memoria bélica de las mujeres posee una “luminosidad” extraordinaria. Diría incluso que la guerra femenina es más terrible que la masculina. (...) Sus recuerdos son distintos, su forma de recordar es distinta. Son capaces de ver aquello que para los hombres está oculto. Repito: su guerra tiene olores, colores, tiene un detallado universo existencial. (...). (2015, p. 21)

También Milan Kundera (2002), nos muestra en *La insoportable levedad del ser* como las mismas situaciones son narradas de modo diferente –y hasta contradictorio- por los distintos protagonistas intervinientes. Un mismo acontecimiento conflictivo de una pareja es vivido de manera radicalmente antinómica por el hombre o por la mujer, y la parte de la evocación que es verbalizada es siempre parcial porque se inscribe en el flujo de vida de su comunidad genérica. Expáandase esta posibilidad, que sólo tiene la función del ejemplo, a inscripciones relacionales generales como las de opresor-oprimido o colonizador-colonizado, para desnudar el peso de la mediación social sobre la memoria.

Cada uno de nosotros, en la conversación familiar o comunitaria, encontraremos uno y mil ejemplos de desacuerdos en los relatos de lo sido. Si queremos o sabemos apropiarnos de ese palimpsesto de evocaciones superpuestas quizás logremos aproximarnos a lecturas más complejas del sentido de lo sucedido, podamos así escapar al individualismo o al sectarismo, compartir un flujo de vida y contribuir a perfilar, con otros, un futuro común.

Recoger las complejidades

Proust relata que, al despertar en su cuarto de Combray sin acordarse donde estaba, se siente “más desnudo que el hombre de las cavernas” (1966, p. 29) y sólo el recuerdo vendrá a “sacarlo de la nada”. Este relato nos indica que la importancia de la memoria, en

la constitución de nuestra subjetividad, es un tópico de percepción inmediata. Quienquiera que se piense a sí mismo se reconoce como un sujeto a pesar de las variaciones que va imprimiendo el transcurrir temporal. Pero esa segura unidad lineal se construye ensamblando huellas dispersas y heterogéneas en una cadena significativa que brota de ese mismo centro. Memoria y subjetividad se funden y confunden siendo ambas principio y resultado. Este naufragio del fundamento hace que sólo se comprendan como procesos complejos que incorporan en sí la negatividad y, desde allí, se explica la posibilidad de significación y variación de los recuerdos y los olvidos.

Asimismo, los hilos que van tejiendo a ese sí mismo no son, como en la araña, productos de nuestro propio hacer, sino que incorporamos experiencias y relatos de otros. Nuestra subjetividad/memoria no es una mónada cerrada sino más bien un punto de un entramado multitudinario, elástico y dinámico que se va dibujando y esfumando. Es un punto que es uno y es múltiple; es un mismo y es otro. Esto explica que los relatos sobre los mismos acontecimientos varíen de acuerdo a la significación que se les otorgue, sea desde un nuevo presente o sea desde un colectivo de pertenencia: etario, de clase, de género, de etnia o de ubicación en cualquier relación de poder.

A su vez, esta red colectiva se expande y se modifica porque podemos mudar los límites de su conformación. No sólo ingresan a ella contemporáneos que pueden testimoniar o compartir nuestras propias experiencias por tener vínculos cercanos o pertenencias identitarias comunes, sino que la malla es flexible y puede estirar la relación de nuestros recuerdos hasta el fondo de los tiempos. Nuestro cuerpo y nuestro lenguaje, para dar sólo dos ejemplos, contienen presencia de un pasado que permanece actuante y en fuga.

Ambos aspectos, la continua movilidad de la memoria y la pluralidad de fuentes para su conformación, nos obligan a abandonar el territorio de las certezas, de la autonomía autosuficiente, para privilegiar la vulnerabilidad, la heteronomía y el diálogo incluso en aquello que se nos presenta como una nítida rememoración propia. La presencia del pasado es más compleja, más opaca y más densa que lo que la inmediatez del recuerdo podría hacernos creer. Para aproximarnos, sólo aproximarnos, a lecturas más integrales de lo sido, debemos esfumar la autoridad autosuficiente de nuestra memoria, reconocer su fragilidad e inquietarla con la apertura hacia los otros.

Bibliografía

- Alexiévich, Svetlana (2015) *La guerra no tiene rostro de mujer*. Buenos Aires: Debate.
- Borges, Jorge Luis (1974) *Obras Completas*. Buenos Aires: Emecé.
- Bourdieu, Pierre (2007) *El sentido práctico*. Buenos Aires: S. XXI.
- Guillaumin, Jean (1968) *La genèse du souvenir*. Paris, France: PUF.
- Heidegger, Martín (1969) *Introducción a la metafísica*. Buenos Aires: Nova.
- Kundera, Milan (2002) *La insoportable levedad del ser*. Ciudad México: Tusquets.
- Landauer, Gustav (2005) *La Revolución*. Buenos Aires: Libros de la Araucaria.
- Landauer, Gustav (2015) *Escepticismo y mística. Aproximaciones a la Crítica del lenguaje de Mauthner*. Ciudad México: Herder.
- Nietzsche, Friedrich (1997) *Más allá del bien y del mal. Preludio de una filosofía del futuro*. Madrid: Alianza.
- Nietzsche, Friedrich (2000) *Sobre la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida*. Madrid: Edaf.
- Proust, Marcel (1966) *En busca del tiempo perdido*. Vol. I. *Por los caminos de Swann*. Madrid: Alianza.
- Rousseau, Jean Jaques (1997) *Confesiones*. Madrid: Alianza.
- Wittgenstein, Ludwig (1988) *Investigaciones filosóficas*. Barcelona: Crítica.
- Yourcenar, Marguerite (1985) *Recordatorios*. Vol. I: *El laberinto del mundo*. Madrid: Alfaguara.